

La relación de Picasso con los toros es tan fuerte que se repite a lo largo de toda su carrera artística. Es un tema omnipresente en su arte y gracias a ello el pintor supo encontrar una especie de equivalencia entre el arte de torear y el arte de pintar. El propio José Bergamín llamó a Picasso “matador de toros de la pintura”. Más aún que Goya, que Manet o que Zuloaga, Picasso aparece como el pintor por excelencia de la corrida.

Desde que fue un niño su padre le llevó a los toros y sus primeros dibujos fueron escenas de tauromaquia: la corrida y los toros, dos temas que se convertirán en hilos conductores de la evolución estilística de la pintura de Pablo Picasso. Esos dos temas que aparecen y desaparecen en su vida creativa convirtiéndose en señas de identidad tanto en su pintura como en sus poemas tauromáquicos.

Cuando Picasso pinta o escribe la corrida no habla de la técnica, o del arte porque se sitúa en el lado del animal y no del hombre-artista y concentra su atención en la pareja toro-caballo, en el momento que interviene la pica, y en la muerte del toro o del caballo, raramente del torero. Escribir la corrida significa también expresar el rito sacrificial del combate entre dos fuerzas opuestas, la sombra y la luz, el bien y el mal, lo masculino y lo femenino. Es además una metáfora del acto erótico y de la creación artística, una liturgia y un espejo del cosmos.

Los elementos que intervienen en la corrida se convierten en símbolos del acto ritual, la arena es el círculo mágico, el público es el entusiasmo que reúne a las multitudes, el torero es un personaje secundario en la visión tauromáquica de Picasso, salvo al final de su vida y el toro es el animal mítico por excelencia. Desde las cuevas de Lascaux y de Altamira, pasando por el culto a Mitra, el rapto de Europa y el Minotauro es un símbolo de potencia, virilidad, fertilidad, un